

constantemente (lo que se dice *aparecer*), re-
prendiendo mi caída, con los negros ojos hú-
medos y la descolorida boca llena de quejas,
recordándome quebrantados propósitos; pero un
instante después de *haberla sentido*, por decirlo
así, físicamente á mi lado (siempre á un mismo
lado, es un extraño fenómeno que observé), la
desesperación causada por el silencio de la hija
del Duque renacía, y yo gozaba salvajemente
en creer que con mis desórdenes me vengaba,
la ofendía, iba contra su deseo, y tal vez arran-
caba efectivamente, á sus largos ojos de gacela,
las lágrimas del despecho, á falta del llanto
extáticamente amoroso...

IX

Era entonces justamente la época en que S...
hervía en diversiones, animado por la venida
de algunos extranjeros—no tantos como acu-
den ahora—y por el regreso de las familias que
invernaban en Madrid. Desde lo más encope-
petado hasta la gente de barrio y tienda, una
ola de alegría y de alborozo corría encrespán-
dose. Sólo el palacio de Torquemada permane-
cía silencioso como un claustro. Invitaciones
para tertulias, bailes, jiras, llovían sobre mí, y
yo aceptaba todas aquellas que creía pudiesen
mortificar á Leonisa; reanudaba galanteos olvi-

dados; iniciaba alborotos; aparentaba enamo-
ramientos, y era, más que nunca, objeto de la
atención maligna del público, era el hombre de
mala reputación, que, sin embargo, ó por lo
mismo, lisonjea á las mujeres llevar á su lado
apoyándose en su brazo y reprendiéndole con
picaresca indulgencia. Con mis triunfos de sa-
lón alternaban otros de muy distinto género;
las apuestas á beber, con ingleses y españoles;
las juergas con séquito de perdidos y hembras
de baja estofa; para decirlo de una vez, usando
de una palabra expresiva y pasada de moda—,
la orgía fué mi estado habitual.

Frecuentemente me encontraba con Donato,
y siempre el mismo impulso de deshacerle en-
tre mis manos surgía del fondo de mi sér, y el
respeto inexplicable de una palabra empeñada
me contenía; además, soberbio, no quería dejar
ver el despecho de haber sido vencido. La pre-
sencia de Donato tenía la virtud de incitarme á
mayores excesos. No quería demostrar pena, y
practicaba la fanfarronería del vicio y de la
corrupción. Y al contacto de la gente podrida
que me rodeaba, aquellos amargos y feroces
sentires que había desarraigado en mí el amor
de Leonisa, renacían como abrojos en campo in-
culto, y el único maldito deleite que saboreaba
en mis locuras era el de escarnecer y burlar á
la humanidad entera, si fuese posible, y si no,
por lo menos á la que alcanzasen mis manos.

A la cabeza de una taifa de desatados como
yo, entre los cuales se distinguía Pepe Velilla,
que se llamaba mi lugarteniente, me compla-

cía en pisotear á las mujerzuelas, esclavas de la mala vida, que traíamos á nuestras fiestas y banquetes. Un día, almorzando juntos en un colmado, y ya con las cabezas calientes, convinimos mi seide y yo en que nos sabíamos de memoria al rebaño sometido á nuestros caprichos, que todo era una sosería, y que sería preciso esperar ciertas remesas de palomas negras que se anunciaban procedentes de Madrid y París.

—Aquí—murmuró Velilla, sorbiendo una caña—sólo queda una mujer, ya te habrás fijado, que no hay manera de traérnosla. Huye de nosotros como del fuego.

—¿Qué estás diciendo? ¿Tendré la suerte de que exista tal mujer? No lo creo, aunque me lo jures.

—Pero si tú lo sabes; sólo que, como no te importaba un comino, te has olvidado.

—¿Asunción la *Floría*?

—La misma. Pues si hablamos del asunto... todavía ayer. ¿No te has enterado? Parece ser que á la chica, que á mí me gusta de veras, porque...—aquí Velilla dió una serie de razones incongruentes é indecorosas—la echó las cartas esa gitana célebre, la Marinoche, que tiene fama de acertar y que se gana un díneral explotando la credulidad del mujerío. La bruja pronosticó que el encontrarse contigo sería funesto para la Asunción, y por eso nunca quiere ir adonde tú vas... Bien sabes que ni ofreciéndola el oro y el moro hemos conseguido...

—Según eso, ¿la dificultad soy yo?—exclamé

riendo—. Aguárdate... Nos vamos á divertir más que nunca. Vamos á tener el gran día. ¿No pensamos embarcarnos el domingo y correr la broma en el río, cerca de la quinta de Jumiel? Pues salgo de vispera, diciendo que tengo que irme á L..., á la feria, á comprar jacas; y en vez de ir á L..., en Jumiel os aguardo; me quedo á dormir de vispera en la quinta de Añafles; tú te las compones para que sepa la *Floría* que me he marchado; eres generoso, regalas joyas—yo pago—, y la comprometes. Te ocupas de embarcación, comida y bebida, y cuando estéis frente á Jumiel, salgo en el esquife de la quinta, subo á bordo... y que llame la *Floría* por todas las gitanas del mundo.

Pareció de perlas; lo combinamos en sus pormenores; se frotó las manos Velilla; me gocé de antemano en la aflicción de una criatura como yo, hija del mismo Padre que nos ha ordenado amarnos fraternalmente... y, de allí á dos días, partí por la tarde, á caballo, hacia L...; pero, apenas me vi fuera de la ciudad, tomé un sendero transversal y emprendí la vuelta de la quinta de Jumiel. Pertenece esta quinta á un amigo mío, á la sazón ausente, el Marqués de los Añafles, y tenían consigna el mayordomo y el jardinero de poner á mi disposición cuanto la quinta encerraba, desde sus bien surtidas bodegas, hasta sus salones alhajados con fastuosos muebles barrocos. Como ya iba apretando el calor, me acomodaron en una sala baja, en la misma cama que solía ocupar la madre del Marqués, señora muy celebrada

por su belleza, y cuyo retrato, obra de Madrazo, envuelto en mantilla de blonda, decoraba el testero de la habitación. A la luz de las bujías, que ardían en candelabros de plata, el retrato de la gran señora, de rostro oval y prolongados ojos, me recordó á Leonisa, y una rara congoja oprimió mi pecho. Buscando aire me acerqué á la reja, por donde entraban los rayos lunares, y el olor del jazmín, que tupía y enramaba los barrotes de hierro, penetró en mi corazón á manera de un estilete que abriese una herida suave, estrecha, profunda... De pronto, sin explicarme cómo pudo suceder, apoyé la cabeza en los barrotes y rompí á sollozar, como una mujer ó un niño... Las lágrimas corrían de mis ojos; un placer infinito dilataba mi corazón, y un movimiento imperioso de la voluntad, una especie de *orden*, que nacía dentro de mí mismo, se formulaba, se destacaba entre el silencio majestuoso del jardín envuelto en fantástica plateada luz. La *orden* era esta: «No irás mañana al río. No escarnecerás á una pobre mujer.» Sequé con rabia mi llanto; me aparté de la reja y me arrojé vestido sobre el lecho. Un sueño pesado me aletargó. Me pareció que la figura del retrato, aquella castiza figura española, de mantilla y peinado isabelino, bajaba del cuadro y se acercaba á mí, pisando los azulejos con su pie diminuto, calzado de negro tabinete, y que el aroma del jazmín que prendía en su pecho me infundía un dulcísimo deliquio, un arrobamiento celestial. Era Leonisa, era su semblante adorado, su mirar

llo de candores, su cuerpo transido de amor al oír la música de mis palabras... Yo la tendía los brazos, repitiendo su nombre; ella ponía un dedo sobre los labios y murmuraba: «Tengo fe en ti...», y, deslizándose, desaparecía por la reja; en el marco del cuadro quedaba el fondo de la cortina y del paisaje solamente...

XII

Desperté cuando ya el sol, insinuándose por entre las enredaderas, doraba el copete de mi rico lecho. Al pronto, recuerdo que no me di cuenta de por qué estaba allí. Asociando al fin ideas, salté de la cama, me lavé, pedí el desayuno, salí á pasear por los jardines y el huerto. En los primeros momentos, la *orden* interior «de no bajar al río» se formulaba categórica en mi voluntad. Poco á poco, entumecida la conciencia con la claridad del día, empezó á parecerme *vergonzoso* el retraimiento y el llanto que derramé junto á la reja acordándome del bien perdido, y resolví no faltar á la fiesta del libertinaje.

Esto de la vergüenza es peregrino: vergüenza de ser bueno, vergüenza de humillarse, vergüenza de sufrir... vergüenza de ser hombre. Yo había organizado aquel dislate; mi presencia era obligatoria en él. Así raciocinaba. Sin embargo, como la indefinible repugnancia á la

excursión persistía, como una pereza invencible parecía apoderarse de mí según se acercaba la hora convenida de reunirme con los expedicionarios, que era la del caer de la tarde, pedí que en la comida, que me sirvieron, según costumbre española de entonces, cerca de las tres, no faltasen vinos y licores. No era necesario el encargo, pues el apoderado de Añafiles, conocedor de nuestros gustos, había sacado el riñón de la rica bodega. El deseo de aturdirme me hizo cargar la mano. Al llegar el momento de unirme á mis cómplices, no diré que estuviese completamente ebrio (mi resistencia era grande): pero me encontraba en ese estado en que algunos vasos más hacen fulminante la embriaguez.

Desatraron el botecillo; el mismo capataz tomó los remos y nos dirigimos hacia el punto donde debía esperarme la falúa. Cantos, carcajadas, el rasgueo de una guitarra, salían de la embarcación. Al verme, los juerguistas alzaron formidable vocerío. Trepé ligeramente á bordo de la falúa, engalanada con faroles de colorines, banderolas y guirnaldas de follaje. Velilla había seguido mis instrucciones. Asunción, la *Floría*, era la reina de aquella fiesta crapulosa. Al saltar yo en la embarcación, exclamaron todos: «Sunción, niña, aquí tienes á tu pareja».

Ella me miró; no podía convencerse. Una palidez arcillosa empañó su cutis moreno y terso... Con su instinto de criatura primitiva comprendió que le habíamos preparado una emboscada; extendió las manos como para defenderse

y rechazarme, y en voz enronquecida pronunció:

—Negra hora es esta para mí... Estaba é Dió que había é yegá... Cuando etán é Dió la cosa... ¡A ve!—chilló de pronto—. Que arrime el bote en que ha venío este cabayero..., que me quió largar en él.

Hice señas al bote de que se alejase, y aproximándome á la *Floría*, empecé á requebrarla irónicamente. Al pronto se contuvo y me oyó callada y sombría; después, desatándose, respondió á mis chanzas con dicerios y maldiciones de su pintoresco repertorio. El miedo y la repugnancia que yo la inspiraba desfiguraban y contraían su rostro; al injuriarme, se retorció como una víbora pisada para escaparse de mis brazos, y hubo un instante en que sus uñas amagaron á mis ojos y sus dientes de tigresa se hincaron en mi mano, arrancando de la piel algunas gotas de sangre... Aquella pelea, disipando mi fastidio, me hizo olvidar un momento preocupaciones hondas, y encendió en mis venas vergonzosa chispa de capricho despótico y tirano, que más que otra cosa era afán de subyugar á la mujer que así me detestaba. Lo conseguí, ayudado con vil complacencia por mis amigos, y apenas logrado, como si me hubiesen dado á beber el filtro del odio, experimenté sed de crueldades, de torturar y de humillar... Había bebido más, y estaba ya fuera de juicio. Llamé á Velilla aparte y le di una consigna que le hizo reír á borbotones, tan divertida le pareció.

Cuando estábamos secreteando, vi salir de un rincón de la falúa á un compañero inesperado: Donato Almanzora. A tener la cabeza despejada, recordaría bien haber convenido con Velilla que nada se le dijese á Donato de aquella juerga. En tal momento, no extrañé verle entre nosotros. Sólo le dije: «Hola, Donato, ya estamos todos aquí: los que miramos á un mismo sol y nos hemos quedado ciegos...» Me contestó con una sonrisa de desdén, y volviéndose hacia Velilla, exclamó: «No tomo parte en lo que hacéis... ¡Conste! no tomo parte».

La protesta de mi rival me exaltó doblemente, y riendo de un modo insultante nos precipitamos á realizar la infame hazaña. Rodeamos á la *Floría*, que chillaba y manoteaba defendiéndose; la sujetamos; arrancamos á jirones sus ropas; pasamos una cuerda bajo sus brazos, y descolgamos el cuerpo, magullado y palpitante, hasta sumergirlo en las aguas del río, en tales parajes bastante profundo.

Cuando recuerdo aquel instante maldito, por singular mezcla de impresiones recuerdo igualmente, como si lo viese reproducido en bien pintada tela, el aspecto de lo que nos rodeaba. Mientras unos cuantos miserables— lo éramos—, enloquecidos de brutalidad, desencajados, descompuestos, con la blasfemia en la boca y el hervidero de la maldad en el corazón, nos convertíamos en fieras salvajes; cuando perdíamos hasta el nombre de caballeros, habiendo perdido ya tiempo hacía el de cristianos—, era el momento en que declinaba la tarde y se en-

cedía el poniente, como inmensa flor de rubíes, como la llamarada amante de un ancho corazón de Jesús, abierto é inflamado de amor y piedad. El incendio del ocaso se reflejaba en el río, cuyas ondas tranquilas se teñían de vislumbres ígneas, rojas, ligeramente tembladoras, con majestuoso temblor pacífico. Los sauzales y álamos de la orilla se difumaban ya, inciertos, entre la sombra que avanzaba. Y sobre nuestras pecadoras frentes, el lucero de la tarde resplandecía como enorme lágrima de pena y de dolor resignado...

¿Cómo vi todo esto, á la vez que apretaba los puños para sostener la cuerda que sujetaba á nuestra víctima? No lo sé. Quizás se debiese á la dualidad de mis sentimientos, á los dos espíritus que secretamente luchaban en mí... Pendiente de la soga, sumergida hasta el cuello, la *Floría* ya no luchaba; exhalaba únicamente un grito de agonía... Y en aquel mismo instante Donato, detrás de mí, repetía como el que trata de ponerse á salvo:

—¡Lo que estáis haciendo es una cobardía! ¡Eso no se hace! ¡No me da la gana de presenciadlo! ¡No me da la gana!

Y, sin embargo, no se iba, no se arrojaba al agua, no nos acometía con un palo, con un arma cualquiera, que sería cumplir su deber de único cuerdo entre tantos furiosos... Sus voces, en vez de hacerme volver en mí, me exaltaron más; como que, volviéndome hacia él, y dando salida al rencor, al aborrecimiento estancado y rebosante, grité:

—La sacamos á ella..., y vas tú al río en su lugar... Te conviene un baño...

Y ordené:

—¡A izarla!... ¡A sacarla!... ¡Arriba!...

Tiramos de la cuerda vigorosamente. El cuerpo inerte subía; de pronto crujió la sogá; oímos un ruido pesado, de piedra que cae en el agua, y Velilla, alarmado, gritó:

—¡Mil demonios! ¡La hicimos! ¡Se ha roto la cuerda!

El torso de la mujer pasó ante mis ojos como una vislumbre blanca... La corriente se lo llevaba río abajo.

Desemborrachado súbitamente, me quité la chaqueta y me arrojé al agua sin vacilar. Detrás de mí se arrojó el patrón de la falúa—gracias á lo cual no sufrí la misma suerte que la *Floría*.

Otro marinero la sacó á la orilla un cuarto de hora después, rígida, ahogada.

XIII

Atracamos en Jumiel, desembarcamos todos y nos refugiamos en la quinta para celebrar consejo. Donato había desaparecido. «Acordáos—dijo antes de montar el caballo que le prestó el mayordamo—de que no tengo parte alguna en lo que habéis hecho.» Yo temblaba de fiebre;

viéndome incapaz de discurrir, me acostaron, me sirvieron bebidas calientes, y Velilla, más muerto que vivo, aterrado de lo que se nos venía encima, empezó á dar instrucciones, á combinar declaraciones, á ofrecer dinero á patrón, marineros y mujeres—todo el dinero que hiciese falta para asegurar su silencio—. La versión autorizada sería que nuestra víctima, retozando y en broma, se había caído al agua, de donde, á pesar de todos los esfuerzos realizados, no la pudimos extraer viviente. Lo demás, el resto de la tierra que se echase al asunto, sería cuestión de recomendaciones, de favor, de intriga social.

Por evitar mayor sospecha si yo me quedase en Jumiel, me trasladaron como pudieron á S..., á mi casa. Deliré dos días; al tercero volvió á mí la razón, y con ella la noción clara, aterradora, de todo lo ocurrido. Me incorporé en la cama; mi criado, que vigilaba solícito tendido en un sofá, se acercó y, viéndome despejado, me dijo confidencialmente:

—Ha venío varias veces el señorito Velilla... Que no hay cuidiao... Que se arregla tó ar pelo... Y esta carta han traío el mesmo día que er señorito salió á caballo y no vorvió...

Magnetizado de horror, cogí la carta... ¡Era de Leonisa!

—¡Vete!—ordené al leal servidor.

Que no me había escrito antes por obedecer á su padre... Que éste había fijado un plazo... Que el plazo expiraba aquel día... Que el Duque imponía el plazo, porque estaba seguro de

que antes de que transcurriese, mi conducta justificaría su negativa cerrada á confiarme el porvenir de Leonisa... Que ella creía exactamente lo contrario, y, al creerlo, me ofrecía de nuevo su vida y su alma, siempre mías, y mías solamente... «Tú habrás tenido fe en mí, yo la he tenido en ti...»

Así acababa la misiva.

Permanecí algunos instantes bajo el peso de mi tremenda suerte y bajo el látigo con que me azotaba las espaldas la ira del que no perdona castigo, pues no en vano es Justo. Salté del lecho y, sin vestirme, me arrodillé al pie de una butaca, revolví la cara contra el asiento, hundiendo los dedos entre el pelo, que arrancaba sin querer, sin darme cuenta de mis actos, riendo nerviosamente y sollozando por turno, visitado por la impulsión directa, precisa, categórica, de la propia destrucción... Fué un breve momento, y no se hubiese necesitado más, pues mi gabinete y mi salón estaban llenos de panoplias... Me levanté determinado, y corrí á descolgar un arma. He pensado después si será la circulación de la sangre la que causa ciertos singulares fenómenos: sea lo que sea, á mi lado izquierdo, *la vi...* Y *la orden* de vivir, de expiar, de negarme á mí mismo, pero con humildad, buscando la contricción y el perdón, se leía en sus piadosos ojos, en su cara descolorida, triste hasta la muerte...

Tardé aún día y medio en desaparecer de S... Siempre hay mucho que arreglar antes de despedirse del mundo; y me importaba conferen-

ciar extensamente con Velilla, para aceptar todas las responsabilidades en caso necesario.

—Voy—le dije—á emprender un viaje; pero te dejo suficiente dinero y unas señas, que puedes utilizar si se te ofrece... Estoy pronto á confesarme autor de la muerte de esa mujer, yo solo; que ninguno sufra por mi causa.

—No seas tonto, no te hagas mala sangre —interrumpió mi amigo—. Por el pueblo hay un rum-rum terrible; te cuelgan á ti, á ti solo, el milagro... Creo que lo ha esparcido Almanzora..., y como yo pueda, andando el tiempo, me las ha de pagar ese zorro, ese falso amigo...

—El falso soy yo. Almanzora no merece culpa. Eso tenía que saberse.

—Pues no se sabrá; todos negarán, todos dirán lo que se ha convenido; el Juez está de nuestra parte; tierra y más tierra. ¿A qué viene esa cara de *Ecce-Homo*? Los amigos se encuentran perfectamente tranquilos, y, al fin y al cabo, á nadie se le ocurre que hubo en ello sino una casualidad desdichada...

—Cada uno —respondí— sabe lo que lleva dentro del arca del pecho. Cada uno conoce su propia iniquidad. Yo conozco la mía. Adiós, Pepe; no pienses más en mí. Por un año, aguardo; quizás sea preciso llamarme á declarar...

—¿Escribirás?

—Tal vez no... Un abrazo... Que Dios nos perdone...

Un año, en cumplimiento de mi oferta, esperé, oculto en un rincón de los Pirineos. Velilla me noticiaaba frecuentemente que «la cosa

iba á medida del deseo» y que el «rum-rum» se apaciguaba. Pasado el año, escribí á Leonisa dos renglones de despedida eterna, confesándome indigno de que ni siquiera me recordase, y entré en el noviciado de esta santa Compañía.

—Y ¿eres feliz, Enrique? — pregunté, volviendo á asir la ardorosa y seca mano.

—Sólo Dios basta — contestó, sonriendo con su antigua sonrisa melancólica y arrogante.

—¿Qué hizo Leonisa? — añadí, apoyando sin temor el dedo en la llaga antigua, que acaso sangrase bajo la sotana negra.

Enrique calló un momento; sus labios se movían imperceptiblemente, cual si una oración interior los estremeciese á pesar suyo.

—No he querido saberlo nunca, y te ruego que no me lo digas, si llegas á saberlo tú — suplicó con serena y estoica impassibilidad —. Aquí, el que desea ignorar, ignora...

Y dándome la mano para despacharme — ya sería la hora del rezo ó la de cenar —, me rogó desde lo profundo:

—Sé bueno.



LA GOTA DE SANGRE

I

PARA combatir una neurastenia profunda que me tenía agobiado — diré neurastenia, no sabiendo qué decir —, consulté al doctor Luz, hombre tan artista como científico, y opinó sonriente:

—Usted no necesita cuidarse... sino todo lo contrario.

—¿Descuidarme?

—Casi... Tratamiento perturbador. Hacer cosas que presten á su vida violento interés. Lo que padece usted es atonía, indiferencia: le falta estímulo. ¿No podría usted enamorarse?

—Me parece que no. Las mujeres, para un rato. Y aun ese rato lo suelen envenenar. Y las que no lo envenenan, empalagan. Mal remedio, doctor, mal remedio.